

Desgraciadamente no tenemos datos históricos sobre el siglo que contó entre sus publicistas a estos hombres extraordinarios cuyas obras fueron recogidas por Israel en el volumen de sus *nabís*. Parece que, muerto Jeroboam II, le sucedió con regularidad su hijo Zacarías. Pero este régimen fue corto. Zacarías fue muerto en Samaria por Sallum, hijo de Iabés, que reinó en su lugar. Con Zacarías acabó la casa de Jehú (en 770), que había dado cinco reyes a Israel. Sostuvo la superioridad del reino del Norte sobre el del Sur y se defendió bastante bien contra el reino arameo de Damasco, enemigo permanente suyo. Si el fanatismo influyó tanto en la elevación del fundador de esta dinastía, como lo supone el historiógrafo judío, hay que confesar que no se notó mucho tal origen, reinando sus sucesores. Parece que los profetas, adictos a los reyes, vivieron con ellos en relaciones pacíficas; pero no les pidieron actos de persecución.

Después de la muerte de Zacarías se originó una verdadera anarquía militar. Sallum no reinó más que un mes. Fue muerto por Menahem, que organizó su conspiración en Tirsa, y de allí fue a Samaria. Era un hombre cruel. La población de Tappuah, cerca de Samaria, no quiso abrirle las puertas, y él mandó degollar a los hombres y despanzurrar a las mujeres preñadas.

Se multiplicaban también las conspiraciones militares en Jerusalén. Joás había sido elevado al trono y arrojado de él por una conjuración de esta clase. Su hijo Amasías pereció a consecuencia de otra maquinación. Había logrado escaparse de la ciudad y refugiarse en Sakis, hasta donde le persiguieron los conjurados y le mataron. Colocaron el cadáver en su carro y sus propios caballos le llevaron muerto a Jerusalén, donde se le dio la sepultura ordinaria de los reyes.

El ejército, que había destruido a Amasías, elevó al trono a su hijo Osías. No era éste el hermano mayor, pero el ejército le prefería, quizá por ser muy joven. No tenía más que dieciséis años. Su reinado de cincuenta y dos fue próspero para Jerusalén. Edom volvió a ser vasallo de Judá. Osías reanudó la expedición de su padre al Ouadi-Arabah. Conquistó a Elat, la fortificó y la unió de nuevo al reino de Judá. Pero no se repitieron los viajes a Ofir ni se vio madera de sándalo en Jerusalén.

Respecto a la religión, siguió Osías las huellas de su padre y de su abuelo. Fue un jehovahista moderado: no suprimió los lugares altos.

A pesar de la gran fermentación alimentada por los profetas, y tal vez a causa de ella, era Israel todavía en el mundo una cantidad despreciable. Hacia 765 ó 760, un acontecimiento importantísimo cambió el eje en la política de Oriente. Apareció en los valles del Orantes y el Jordán una potencia militar que no se conocía hasta entonces. Damasco, Tiro, Hamat y las demás poblaciones filisteas, a las cuales habían pertenecido hasta entonces la importancia y la fama, no tuvieron ya más que movimientos subordinados a la acción de un centro lejano.

La relación de los hebreos con Asiria se remontaba a los orígenes, pero estaba interrumpida desde hacía siglos. Además, la Asiria conocida por los Beni-Israel era sólo la región mesopotámica del Sarug y el Harran, quizás anterior a Babilonia y Caldea. El antiguo imperio caldeo tenía un carácter esencialmente civilizador. Poseía sus doctrinas, sus disciplinas sagradas, corporaciones de sacerdotes y de sabios, un principio de ciencia nacional, y un gran adelanto en las artes. En cambio, a través del tiempo se había formado en Ninive el núcleo de un imperio cuya fuerza parece haber salido de las hordas enérgicas criadas en las montañas del Kurdistán. Fue esta Asiria la primera aparición de la fuerza militar en el mundo; y su resultado un despotismo brutal, no animado por ideas morales o religiosas.

El espíritu y el derecho, según las ideas antiguas, pasaron a ser palabras faltas de sentido. La crueldad era (como entre los pieles rojas) una fuerza y un móvil. En los bajorrelieves asirios se representan escenas de tortura con tanto esmero y cariño como las de victoria. El rey, especie de Atila o Tamerlán, parece el centro único de esta fuerza. No existe en aquel mundo ni un gran ministro, ni un gran capitán, ni un gran artista. Junto al rey se ven únicamente soldados, servidores y verdugos.

Hasta entonces el mundo no había presenciado nada parecido. Egipto y Babilonia habían reinado por la fuerza, en medio de pueblos más débiles y sobre todo menos organizados. Valientes jefes de salteadores, como David, habían utilizado el terror para su ambición. Los moabitas derrotados por David quizá sufrieron suplicios tan espantosos como los de Nínive; pero no se había conocido todavía una tiranía sistemática. Era Asiria realmente, como lo comprendieron los videntes hebreos, el primer imperio, la primera gran aglomeración de pueblos por la conquista. El imperio griego, el romano y hasta cierto punto el persa, se hicieron perdonar sus violencias por el bien general que produjeron y lo mucho que contribuyeron al progreso. El imperio asirio no hizo más que daño. No extendió ninguna idea ni defendió ninguna causa buena. Como los imperios tártaros de la Edad Media, pasó por el mundo solamente para destruir. Quizá dominara ya la sangre tártara en estas hordas terribles, y los sombríos conquistadores que aterrorizaban el siglo VIII antes de Jesucristo, se relacionaran posteriormente con los turcos, con Atila y Gengiskhán.

Fue horrible el eco de estos ciclones en el mundo semipatriarcal de Siria y Arabia. Aquellas sociedades vivían en la idea de que el gobierno del universo es bastante justo en el fondo; que la riqueza, el poder y la

consideración pertenecen al hombre honrado o acaban por corresponderle; que la adversidad no es más que una prueba pasajera que al fin sirve para beneficiar al visitado por Dios. Y cuando esto creían el mal aparecía monstruoso por el horizonte. La brutalidad y la violencia dominaban al mundo. Aquellos hoplitas asirios estúpidos y crueles que en filas apretadas van a conquistar Asia son opuestos totalmente al hombre justo y responsable, como lo concibe, por ejemplo, el autor del libro de Job.

Esta brutalidad no era exclusivamente propia de Asiria. El mercenario se adueñaba del mundo. Hasta entonces la gente se había batido para defenderse; ahora se aprendía a guerrear como un oficio ventajoso. A las clasificaciones de las edades primitivas, que dividían a los hombres según su género de vida en agricultores, pastores, cazadores y bandidos, se suma la categoría del que se vende a otro para matar y hacerse matar. Ésta fue la edad de piratería que nos representan los poemas homéricos. La explotación del hombre por el hombre es ya la ley común. El cautiverio pasa por el mal supremo, por el mayor tipo de desdicha.

Esencialmente, el nuevo imperio asirio era odioso para los semitas fieles al espíritu antiguo, por su impiedad. No había templos en el mundo asirio de entonces. No presentaban los monumentos ningún símbolo religioso. Ante esta carencia absoluta de temor de Dios, los pueblos sencillos que no miran más que lo exterior de las cosas, habían de creer forzosamente que el rey asirio se hacía adorar. Esta sustitución de Dios por el hombre, que se creía descubrir en los mitos de la historia más antigua, tales como Nemrod y el *Kesil*¹, parecía la locura suprema. La esencia del espíritu del semita patriarcal es el respeto al individuo. Esta supresión de las criaturas de Dios en beneficio de un orgullo inmenso, esta igualdad en la esclavitud universal, indignaban a naturalezas altivas, ajenas a la idea de Estado, para las que era ya una decadencia la sujeción a reyezuelos como los de Judá e Israel.

Los profetas tendrían que haber sido los más indignados, pero como sólo veían al monstruo de lejos, y veían en cambio muy de cerca a sus adversarios de Jerusalén y Samaria, tomaron a Asiria como una especie de espantajo para sus compatriotas. A veces incluso parecía que se inclinaban singularmente hacia sus peores enemigos y merecían la reconvencción de ser amigos de los asirios. La equivocación en tal sentido es fácil. Los espíritus estrechos acusan siempre a los clarividentes de desear las desdichas que prevén y anuncian. El papel de Casandra es el más triste de cuantos pueden corresponder a los amigos de la verdad.

Cada año salía de Nínive una expedición que asolaba las regiones vecinas a la cuenca del Tigris y el Éufrates. Armenia, la parte oriental del Asia Menor, Cilicia y toda la Aramea del Norte fueron domadas, y casi asimiladas. Sobre el año 765 llegaron los asirios a los países cercanos a Israel. Ante una fuerza tal, era imposible la resistencia. La cordura aconsejaba la unión y las alianzas con los pueblos próximos, especialmente

1. El Gigante que se quiso sublevar contra Dios y fue encadenado a la bóveda del cielo.

con las ciudades fenicias. Pero los profetas, que llevaban hasta el paroxismo sus ideas sobre ciertos asuntos, estaban cegados por el odio contra Tiro y Sidón. Las envidias entre las clases eran extraordinarias. La posición entre ambos reinos, ofrecía además brecha segura a una gran potencia extranjera. Aquellos a quienes debieron unir los vínculos de la sangre rivalizaban en obsequiar al enemigo común, para dirigir su cólera a gusto de secretas enemistades.

No se conoce nada de la primera presión asiria sobre Israel que ocurrió durante el reinado de Menahem. Éste se sometió y pagó al rey de Asiria mil talentos de plata, gracias a los cuales el rey le tomó bajo su protección. Menahem hizo pagar la contribución a sus súbditos acomodados, y pareció resignarse sin trabajo a una situación que garantizaba su monarquía vacilante contra los peligros interiores que la amenazaban. Sucedióle su hijo Peqaiáh, que sólo reinó dos años y fue asesinado en el pabellón central del palacio de Samaria por Peqah, jefe de los guardias, ayudado por cincuenta galaaditas.

En aquel período sucedió Jotam en el trono de Jerusalén a su padre Osías o Azarías. Siguió la misma conducta que sus antepasados, cuidando celosamente el templo, pero tolerando los lugares altos. Adornó la puerta del templo y acrecentó las fortificaciones de Ofel.

La más elemental prudencia aconsejaba a los pequeños Estados de Siria la unión contra Asiria. Desgraciadamente, las divisiones eran mayores que nunca. Al entrar una gran fuerza política en contacto con fuerzas pequeñas y divididas, siempre se efectúa una paralización. El imperio de Alemania, en la Edad Media, por su posición junto y sobre las repúblicas italianas, creó en ellas dos partidos, el güelfo y el gibelino. Hecho semejante ocurrió en Siria, en cuanto se empezó a notar el poderío ninivita. Damasco e Israel, olvidando sus prolongadas contiendas, se pusieron a la cabeza de una liga contra Asiria. Judá, inmediatamente se inclinó a un partido contrario. Ya en el reinado de Jotam, Resin, rey de Damasco, y Peqah, hostilizaron cruelmente el reino de Judá.

Esencialmente gravitaba pesadamente Asiria sobre los asuntos sirios por Egipto. Con el crecimiento repentino del reino ninivita, se produjo un antagonismo de los que siempre surgen cuando luchan dos naciones por la hegemonía del mundo. Egipto y Asiria eran las dos masas más poderosas conocidas hasta entonces, y la ley fatal que rige a la humanidad, cuando no guían a ésta más que los instintos brutales (desdichadamente aún perdura tal situación), exigía que combatiesen. Por encima de los pequeños reinos de Siria, los dos grandes imperios se median con la vista. Egipto estaba aliado en general con las ciudades fenicias, lo que les creaba con Asiria conflictos llenos de peligros. La opinión pública estaba excitadísima en los Estados del Jordán. El vaivén de las alianzas ocasionaba en estos países grandes oscilaciones y con ellos aumentaba la bajeza común. Se calculaban sin cesar las fuerzas de los rivales; se espiaban sus desfallecimientos; se reconocía la propia debilidad, considerándose medio vencidos, sólo con verse tan preocupados por las contiendas de los fuertes.